

# PROBLEMAS Y OPORTUNIDADES EN EL ÁMBITO LABORAL Y SOCIAL QUE AFECTAN A LA MUJER DESPUÉS DE LOS 50 AÑOS DE EDAD

*María Pliego Ballesteros*

## **1. CRISIS LABORAL: DESPIDO, JUBILACIÓN, BÚSQUEDA**

Dada la famosa globalización, las crisis económicas afectan a todo el mundo. El desempleo, los recortes de personal, las políticas de austeridad, han creado un ambiente de inseguridad que puede llegar a la angustia.

El miedo a perder el trabajo paraliza a muchos pesimistas: calculan que no vale la pena esforzarse si van a acabar despidiéndolos. Con esa actitud, lo más probable es que terminen como temen y, si bien les va, los liquiden. Pero por jugosa que sea la liquidación, se la van comiendo o gastando irresponsablemente y tardan en solicitar empleo en otras empresas o instituciones.

Algunos se dan cuenta que necesitan emprender por sí mismos un trabajo para mantener a su familia. Hay poca preparación empresarial y poco sentido de organización o de disciplina para ser uno mismo su propio jefe. Entonces, los insuficientes recursos para iniciar una empresa propia, se acaban cuando están cambiando diametralmente de giro en cada intento.

La mujer que trabaja también fuera de su casa, no se escapa de esta posibilidad. El sector femenino ha ido creciendo considerablemente ya sea porque un solo sueldo es insuficiente y hay que apoyar al marido, aún más cuando la edad de los hijos ya no requiere su asistencia constante; o bien porque desea practicar su profesión y contribuir al bien de la sociedad. Por tanto, el despido y la jubilación son realidades para las que hay que estar preparados y, así, llevarlos lo mejor posible.

Según se ha dicho, el despido y la jubilación llegan a

afectar tanto como la muerte de un ser querido y hasta deben ser tratados como un período de duelo.

Naturalmente, las personas que tienden a ser tradicionalistas –que les encanta y da seguridad lo que es previsible, siguiendo una rutina diaria, semanal, con períodos de descanso planeados con toda antelación y que, además, tienen hábitos de ahorro, etcétera– sufren más que quienes tienen un natural gitano: no echan raíces, les fascina el cambio por el cambio, gozan con las sorpresas que da la vida y se adecuan a las novedades sin trauma alguno. Lo malo es que estas últimas, por descuidar su previsión hacia el futuro, que puede no ser tan halagador, carecen de hábitos de ahorro y pueden encontrarse en una situación más desesperada.

Eso sí: ¡hay que huir de la depresión! A todos amenaza la depresión exógena –aquella que se genera en las circunstancias que nos rodean, o sea que no tiene una causa somatopsíquica– y hay que saber lidiar contra ella. El hombre es más proclive a padecerla porque se le acaba el mundo, si se le acaba su trabajo. Hay quienes se encaman, oscurecen su cuarto y se dejan llevar por la tristeza. A la mujer, en cambio, le puede afectar el paro involuntario tanto o más que al hombre, pero como alguien tiene que preparar los alimentos, lavar ropa, asear la casa, salir a comprar lo necesario..., saca fuerzas de flaqueza y puede superar una situación adversa con cierta eficiencia.

Es verdad que en el despido y aun en la jubilación, se nos puede meter la idea de que «ya no me quieren». Procuremos contrarrestarla para que no se convierta en obsesión. Viendo las cosas desde el punto de vista de quienes administran la institución donde trabajamos: necesitan gente joven, con empuje, con nuevas ideas, en quienes invertir en su perfeccionamiento para que sea redituable en una prospectiva a 20 ó 30 años.

Pero debemos dar un paso más y nada menos que S.S. *Juan Pablo II* nos conmina a ello: «Se trata de una tarea ardua

y que sólo es realizable aplicando el principio de solidaridad, del intercambio de generaciones, de ayuda recíproca (...) utilizando la aportación de experiencia, conocimientos y sabiduría (...). Hace falta (...) educar a las personas (...) durante toda su existencia, haciéndolas capaces de adaptarse a los cambios, cada vez más rápidos en el modo de vida y de trabajo. Una formación no sólo centrada en el hacer, sino y sobre todo, en el ser, atenta a los valores que hacen apreciar la vida en todas sus fases y en la aceptación tanto de las posibilidades como de los límites que tiene la vida (...) Si bien es cierto que, como dice la Biblia (Sal.12,15) la persona "todavía en su vejez produce fruto", sigue siendo verdad que la tercera edad es una época de la vida en la que la persona es particularmente vulnerable, víctima de la fragilidad humana (...) y no sólo necesita ser atendida con los medios que ofrecen la ciencia y la técnica, sino también acompañados con competencia y amor, para que no se sientan un peso inútil y, lo que es peor, lleguen a desear y solicitar la muerte». (Carta del Papa a la Asamblea de la ONU en Madrid, sobre el envejecimiento. 3 abril 2002).

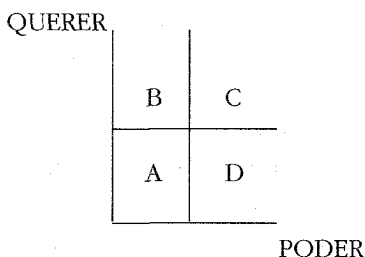
En caso de despido es aconsejable no cambiar los hábitos en cuanto a horarios para levantarse, tomar alimentos e irse a dormir. Incluso salir de casa a la misma hora, visitando lugares y personas con cuyas relaciones sea posible una nueva contratación, o estudiar sistemáticamente el mercado para lanzarse por cuenta propia, con ingenio, creatividad y entusiasmo. Es fácil decirlo, pero necesita uno de apoyos personales y financieros: ¡hay que buscarlos!

Existen cuestionarios sobre intereses y aptitudes, que orientan al sujeto a reflejar qué tanto coincide su querer con su poder. Por ejemplo, si su perfil de intereses señala como máximo las actividades al aire libre, pero se considera incapaz de renunciar a las comodidades ciudadanas, no concuerda su interés con lo que en realidad puede hacer; o por el contrario, habrá concordancia si le encanta leer obras literarias y asimismo se siente apto para redactar composiciones y artículos periodísticos.

Otros intereses pueden ser de orden mecánico, científico, persuasivo, artístico –musical, literario, plástico...–, servicio social, de oficina.

En una conferencia que escuché, aprendí gráficamente la importancia que tiene el autoconocimiento para la toma de decisiones y para saber hacia dónde enfocar prioritariamente la lucha personal para superarse:

Si se elabora un cuadro de doble entrada, en el que la horizontal simbolice el **poder** y la vertical el **querer**, puede uno autoevaluarse, según el tipo de trabajo del que se trate, cuantificando ambas líneas del 1 al 10. De este modo podríamos simplificar visualmente cuatro cuartilas, que denominaremos con las cuatro primeras letras del alfabeto:



Quienes coincidan –con sus diferencias– en la cuartila A, «quieren poco y pueden poco». Necesitan con urgencia a alguien que les ayude a **ubicarse**. Esto es, tienen que definir qué es lo que verdaderamente les interesa y para qué son buenos. De lo contrario, es fácil que anden dando tumbos sin tener objetivos claros, y probablemente minusvalorándose, dejando de sacar partido a sus potencialidades.

Los que estén en la cuartila B, «quieren mucho pero pueden poco». Si realmente saben lo que quieren, lo que necesitan es **capacitarse** para poder lograr sus objetivos que sí tienen claros. Si no se sujetan a un plan de capacitación, se sentirán frustrados porque los rechazarán, por ineptos, en el tipo de trabajo al que aspiran.

Quienes estén en la cuartila C, son muy afortunados: «saben lo que quieren y lo pueden hacer». Con todo, es posible optimizar sus esfuerzos, ayudándoles a **organizarse** mejor. Un ejemplo de una gran mujer, es la *Madre Teresa de Calcuta*. Supo que su vocación era ayudar a los desamparados, brindándoles un hogar digno para vivir y para morir como personas. Se supo, también, impotente por sí misma para atender la demanda mundial de los menesterosos, pero se apoyó en la Omnipotencia Divina y con una fe que movía montañas, organizó a sus monjas, llamadas por Dios a caminar con su mismo espíritu, y fundó casas hogares en diferentes países.

La última cuartila, D, es la más difícil desde un punto de vista: «pueden mucho pero quieren poco». A las personas que se ubiquen allí, les ha pasado algo especial en la vida, que hay que enfrentar. Quizá tuvieron un jefe autoritario o se sintieron humillados por ser susceptibles, o porque en realidad fueron tratados injustamente y tienen poca capacidad de perdón. De todos modos dicen: «Yo podría mejorar en mi trabajo, pero no quiero hacerlo mientras tal persona ocupe un puesto que no le corresponde». Si no se les ayuda a superar esta dificultad, pueden amargarse la vida, fastidiar a quienes los rodean y no hacer uso de las capacidades que le fueron dadas, cayendo en el peligro que corrió aquel siervo perezoso que enterró su talento en vez de ponerlo a trabajar (Mt.25,25-30).

Después de diagnosticar lo que haya pasado a cada una de las personas que se encuentren en esta cuartila, hay que **motivarlas**, o sea, ayudarles a encontrar nuevos porqués para rendir a lo máximo en lo que saben y pueden hacer, no obstante las dificultades –subjetivas u objetivas– que encuentren. Las motivaciones extrínsecas y negativas son las más pobres, v.gr. el temor a ser castigados o privados de su trabajo, puede mover a algunos a reaccionar, pero como es un motivo pequeñito, pueden caer en la tentación de la hipocresía –aparentar que hacen lo que no hacen–. En cambio la

motivación intrínseca, positiva y trascendente, puede sacar de cualquier bache, por fuerte que sea. Esto es, trabajar cara a Dios y cara a los demás, por amor a lo que se hace y sabiendo la trascendencia –no sólo social sino eterna– de lo bien hecho, sí que puede animar a superar los obstáculos del camino.

Aunque el término **jubilación** se deriva de **júbilo**, hay muchas personas que se preparan a morir, como si se jubilaran de la vida, y no sólo de un determinado quehacer laboral. Influye mucho el ejemplo de quienes nos rodean, pero también el prepararse con lecturas, con terapias grupales bien llevadas, etcétera.

Los trámites prejubilatorios pueden brindarnos un tiempo de reflexión, de aquilatar la propia experiencia adquirida durante nuestros años de vida y de ejercicio profesional, y ayudarnos a abrir la mente para buscar otra manera de servir a los demás.

Ahora somos **expertas** (deriva de experiencia) en lo nuestro, y podemos aconsejar, orientar, guiar a otros a que empiecen donde nosotros terminamos, como si se tratara de una carrera de relevos. ¡Qué egoísmo manifestaría quien quisiera que a los otros les cueste igual o más trabajo adquirir los conocimientos o las habilidades que ahora posee! Un corazón receloso, resentido, poco generoso, cae en el solipsismo por no querer comunicar a los demás los propios logros.

En cambio, quien disfruta transmitiendo lo que la vida le ha enseñado, sea oralmente o por escrito, acrecienta su sabiduría al compartirla y logra un más alto grado de felicidad. Sentirse útil y necesario a los demás, nos mantiene vivos. Por el contrario, sentirse un estorbo y una carga, mata a cualquiera.

Por eso hay que preparar la jubilación: ¿qué te gustaría hacer cuando te jubiles?, ¿cómo vas a administrar tus ahorros y tu pensión?, ¿tienes ilusión por dar un giro a tu actividad, exigiéndote a ti mismo en horarios y resultados?.

Existen países atrasados –por primermundistas que

parezcan— que maltratan a quienes consideran improductivos económicamente. Incluso llegaron a aceptar «leyes» inicuas que niegan la asistencia médica a quien ha cumplido 60 años: de ahí a la «legitimización» de la eutanasia no hubo más que un paso.

Tenemos que aprender de otros para no cometer sus mismos errores y para adecuar a nuestras circunstancias sus aciertos, como los de las culturas ancestrales —la romana en su apogeo y la teotihuacana— que veneraban a los ancianos y les confiaban el papel de consejeros de quienes gobernaban.

En fin, no podemos bajar la guardia y cansarnos de buscar lo que nos permita alcanzar la plenitud. La diferencia de enfoque en esta búsqueda, entre nuestros primeros pasos en el mundo laboral y lo que podrían ser nuestros últimos intentos en la ascensión a la cúspide de nuestra vida, está en que antes era más probable que nos quedáramos en ir tras el éxito —entiéndase el afán de poseer bienes materiales, de placer o bienestar, y de poder o prestigio, por el prestigio mismo—. Ahora esa carrera loca ha dejado su lugar a la búsqueda amorosa de la Verdad, la Belleza y el Bien. No *tener* más sino *ser* mejor, para *darnos* en el servicio amable a los demás.

Cuando las capacidades evidentes de que gozábamos lleguen a su ocaso, aún podemos seguir creciendo en libertad, amor y fe.

## **2. CRISIS SOCIAL: LOS JÓVENES, LOS IGUALES, LOS ANCIANOS**

La crisis fronteriza de la adolescencia reside en que no se es ni infante ni joven; en que los adultos a veces tratan al adolescente como niño —cosa que les ofende infinitamente— y a veces les exigen como adultos —lo cual les molesta muchísimo—. La mujer en la década de los cincuenta y aún después, se siente también poco comprendida, en ocasiones empezando por sí misma. Tiene deseos de emprender, aventurarse, viajar, conocer, experimentar..., pero se da cuenta de que no son lo mismo «los tres Mosqueteros que 30 años después».

Si la luz de su conciencia es débil o está a punto de apagarse y dejar en tinieblas la línea nítida divisoria entre el bien y el mal, puede cometer auténticas locuras que van en detrimento de su persona y que dañan –a veces irreparablemente a quienes la rodean.

Los jóvenes se ríen y critican a fondo –a veces con razón–, las actitudes y comportamientos que no vienen al caso y que no concuerdan con la edad y la esperada madurez de la protagonista.

Pero también se da –aunque cuesta trabajo merecerlo– que la juventud busque el sabio consejo, la auténtica amistad de una persona mayor que demuestre con su prestigio humano y profesional, que está en mejores condiciones para comprender –porque ha pasado por situaciones similares– y para tener la prudencia de buscar diversas alternativas viables y correctas, que desenmarañen las situaciones conflictivas.

Quienes son madres, ojalá se sientan buscadas y valoradas por sus hijos. Cuántas veces prefieren éstos abrir su corazón con una tercera persona, cuando el conflicto justamente se da con la propia madre. Por eso es tan importante conservar la mente y el corazón joven, para evitar las llamadas «brechas generacionales» que son un modo de nombrar a quienes se encierran en sí mismos y no quieren abrirse a la Verdad y al Bien, detentados ya sea por un joven o por un adulto mayor.

En el trato con los contemporáneos, encuentra uno de todo: los centrados, maduros, comprensivos, interesados en la vida y en las personas; dan paz y contagian su serenidad. Uno busca su compañía, su consejo. Siempre tienen un punto de vista objetivo, son optimistas y nos abren horizontes positivos para reemprender nuestras actividades si estábamos medio atorados.

Otras compañías de nuestra misma edad nos parecen alocadas, sobre-estimuladas, jeraquizando el tener y el hacer por arriba del ser. Al perder la brújula, son capaces de vender su alma por una bagatela, por la emoción ilícita que les brinda



una aventurilla pasajera, por demostrarse que todavía tienen *sex-appeal*, y son capaces de provocar una gran pasión en pleno otoño. Las películas sobre este tema las ilustran y las trastornan, pues desean ser las protagonistas de una novela irreal que, al contravenir la ley natural, sólo deja vergüenza, hastío, amargura por haber sido engañadas, utilizadas o hasta usurpados de sus derechos y de su dignidad como personas.

Pero también las hay que dan dolor: su infraestima las lleva a no creerse merecedoras de nada. Todo las aflige, por todo piden perdón; hasta por existir. Son víctimas de una conciencia culpígena –de todo se echan la culpa– aunque también les puede dar por ir buscando culpables de cualquier cosa. Son dignas de lástima y eso es lo que quieren causar, a veces para mejor manipular –consciente o inconscientemente.

Entre estos dos extremos hay toda una gama de combinaciones. La verdad es que el negro o el blanco no se dan fácilmente en las personas. En cambio, abundan los grises y hay que saber matizar.

Repito que todos necesitamos ser ayudados y nadie puede salir adelante totalmente solo. Nuestro ser social nos vincula a unos con otros y nuestro ser creatural nos hace dependientes del mejor Amigo: Cristo nuestro Señor, que dijo claramente: «Sin mí, no podéis nada» (Jn. 15,5).

La verdadera amistad busca el bien del otro. Cuando dos personas se alían para hacer barbaridades, son cómplices y las dos tiran una de la otra hacia abajo. En masculino, se habla de los «amigotes», pero aunque se use despectivamente, se ensucia el vocablo que no cabe más que en el contexto de la benevolencia: (*bene-vólere*, querer el bien mutuo).

El tercer grupo de relaciones, el que guardamos con personas aún mayores que nosotros, también incide en nuestra ayuda o en nuestro detrimento. Hay viejitas encantadoras que rezuman comprensión, interés por la vida y la cultura; y con toda prudencia aconsejan en el momento oportuno, sin ponerse de ejemplo ni dictaminando *a priori* cómo nos va a

ir. Atienden nuestras cuitas y preocupaciones; se alegran con nuestras alegrías y lloran con nuestros sufrimientos. No viven para sí mismas: se vuelcan en los demás. Rezan, sonrían y dan gracias a Dios por como les ha ido en la vida. Su gratitud nos edifica y las envuelve en un clima positivo en el que una se siente atraída como por un imán poderoso.

Por el contrario, también las hay que destilan vinagre: es la amargura a la que conduce la falta de aceptación de sí mismas, de los demás y de la mayoría de las circunstancias por las que han atravesado. Todo es queja, acusaciones justas o injustas; les ha ido «mal en la feria». Pobrecitas. Producen lástima, compasión y –a la corta o a la larga– se van quedando solas, si es que no aceptan sugerencias o no están dispuestas a cambiar su actitud.

Es muy difícil juzgar, porque muchas veces no son tan culpables de su negativismo, puesto que ya están enfermas. Recuerdo a una señora en un asilo al que fuimos a prestar servicios con un pequeño grupo de alumnas –una de ellas especialmente guapa–. La señora en cuestión se dedicó a seguirla repitiendo: «Yo también fui bonita. Yo también fui bonita». En cambio otra, sonriente, ayudaba a las que iban en silla de ruedas; limpiaba la boca a quienes lo necesitaban, y cuando se trató de bailar y de cantar, estaba de lo más feliz, aplaude y aplaude.

¿Hasta qué punto podríamos afirmar que como es la vida, así es su final? Sólo Dios lo sabe, pero en lo que depende de nosotras, sí hay que prepararnos lo antes posible para no terminar en la locura y la desesperación.

### **3. MADUREZ**

Lo más importante para que una mujer adulta afronte las crisis familiares, laborales o de cualquier otro tipo, reside en su actitud ante la vida.

Un signo de madurez es aceptar la realidad tal y como nos es dada, lo cual implica también utilizar nuestras capacidades

para mejorarla. Si hemos descubierto el sentido de la vida, viviendo una jerarquía de valores objetiva, podremos tener un proyecto de vida adecuado a nuestras circunstancias. Porque mientras tengamos proyectos, seremos jóvenes de espíritu. Quien vive del pasado sin ilusión por dejar el mundo mejor de lo que lo encontró, es un viejo, aunque tenga veinte años.

Por otro lado, la madurez es equilibrio: no debemos sacrificar lo familiar por lo laboral ni viceversa. Una mujer madura sabe sacar tiempo para su familia, su trabajo, su descanso, su vida cultural y social, logrando impregnarlo todo con sentido de trascendencia.

Transfiriendo una metáfora hindú que compara el ser humano con una manzana, tendremos cuidado de no quedarnos en la cáscara —bella y apetitosa para los sentidos—, sino que hincaremos la mordida en el mesocarpio —la pulpa sabrosa y alimenticia— y penetraremos hasta lo más íntimo del fruto: la semilla, para ser fecundos. La mujer o el hombre *cáscara* es quien se queda derrapando en superficialidades: vive frívolamente pendiente del dinero, del placer y del poder. Sus horizontes axiológicos se reducen a los valores económicos, físicos y sociales. Quien pueda y quiera dar un paso decisivo para ser profundo y congruente, buscará la Verdad, la Belleza y el Bien, es decir, hará vida propia los valores intelectuales, estéticos y morales. Pero sólo la mujer o el hombre con *vida interior* darán frutos de bendición. Quienes no se queden en lo sensible, ni siquiera en lo cultural, sino que se esfuercen mucho más y toquen fondo en su espíritu, se encontrarán con el Amor, con lo Divino, con lo que puede asegurar su trascendencia. ●

## BIBLIOGRAFÍA

- ALVIRA, Tomás. *La alegría en la tercera edad*.  
Editorial Minos. México.
- GODOY, Emma *Antes del alba y el atardecer*.  
Ed. Jus. México 1979.
- ISAACS, David y GONZÁLO, Luis Ma. *Feliz tercera edad*.  
Ed. Minos. México.
- MARTÍNEZ, Santiago. *Juventud y madurez*. Ed. Minos México.
- NANNEL, Carlos Ma. *Mujer de hoy y de siempre*.  
Ed. Minos. México.
- SÁNCHEZ DE ARMELLA, Yvonne. *A los mayores*.  
Ed. Minos. México.



Copyright of Revista Panamericana de Pedagogia is the property of Universidad Panamericana and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.